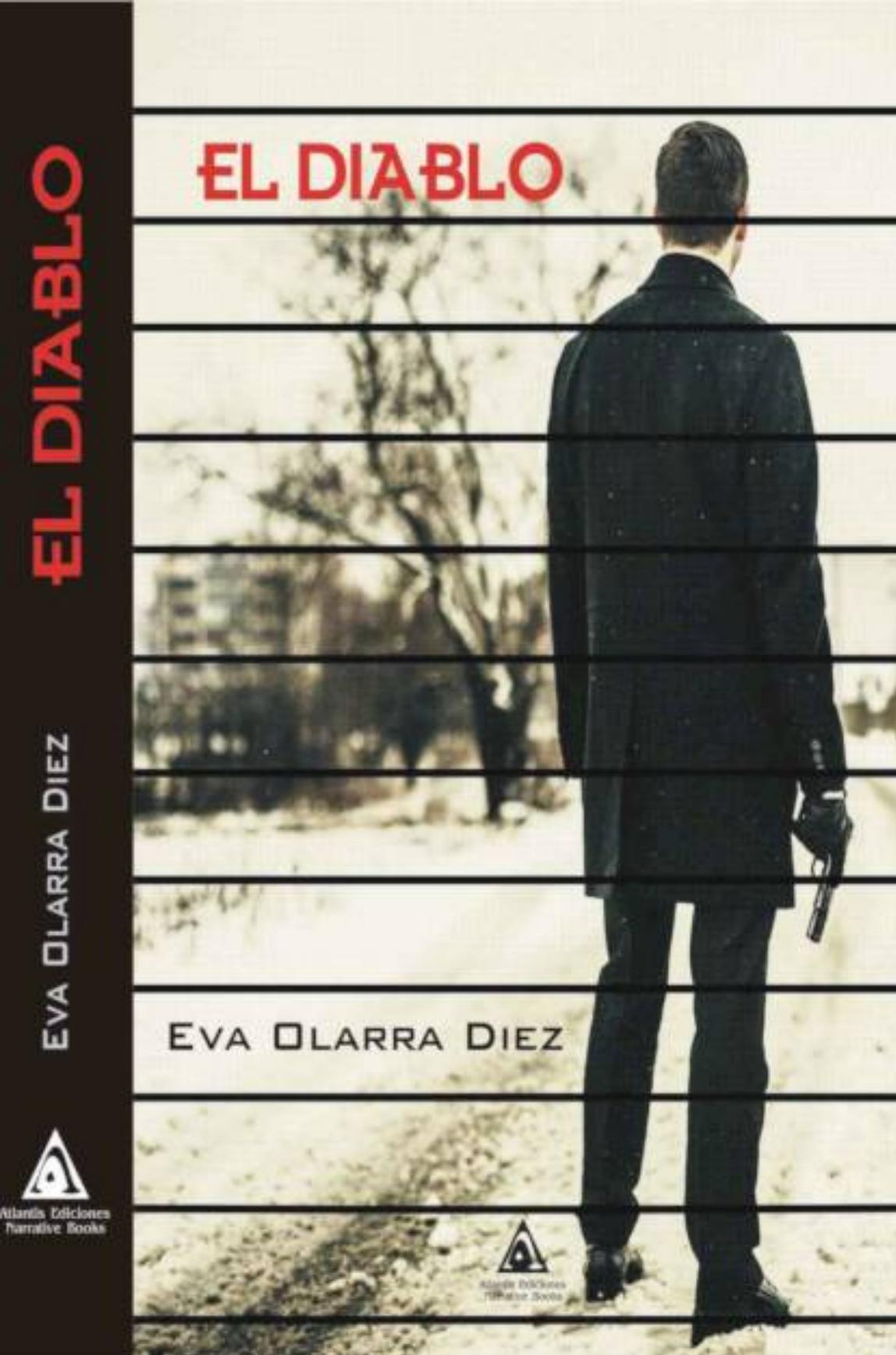


EL DIABLO



EL DIABLO

EVA OLARRA DIEZ

EVA OLARRA DIEZ



Atlantis Ediciones
Narrative Books



Atlantis Ediciones
Narrative Books

EL DIABLO.

EVA OLARRA DIEZ.

Dedicatoria.

Cuando me ataco un León de la montaña, por la herida entro la pena y la tristeza invadió mi cuerpo. Pero este no pudo conmigo porque no estaba sola gracias a:

 Mi madre que tiene el poder de mostrarte la luz al final del túnel.
Un abrazo suyo te llena de amor.

 Mi padre y su mirada de orgullo porque no me deje vencer por el León.

 Mi hermana que contiene mis demonios y apaciguaba mi alma.

 Mis tíos, tías, primos que me demostraron una vez más que la familia siempre esta cuando lo necesitas. Por la Semana Santa del 91 y muchos momentos más.

 Mis sobrinos que con su forma de ver el mundo me enseñan día a día lo que es importante en esta vida.

 La familia que me abrió las puertas de su casa cuando tenia 21 años. Se que sintió mi pena, pero gracias a su respeto y cariño la hicieron más llevadera.

 Ese amigo que abandonas en el camino pero que vuelve para recordarte quien eres y lo que vales.

 Las caras nuevas y las que siempre han estado allí que te sacan una sonrisa.

 Y sobre todo gracias a Paula que cuando menos me lo espero, me dice "*Sabes una cosa TE QUIERO*". En ese momento mi corazón empieza a latir con fuerzas y noto como todas las penas desaparecen.

 Gracias.

Índice

1. Día de la ceremonia.
2. Sor Josefina.
3. Negociando la libertad.
4. El origen del Imperio.
5. La salamandra.
6. El contable.
7. El químico.
8. El colombiano.
9. El comandante.
10. La ceremonia.
11. Cuando la pesadilla aparece sin avisar.
12. La fiesta.
13. La ira, la frustración y la desesperación.
14. Aceptación.
15. El gimnasio.
16. Mi primera pelea.
17. Alcohol y cabeza de Eva: mala combinación.
18. Lola se va de viaje y nosotros nos vamos al zoo.

19. La jaula.
20. El beso.
21. Jugando al escondite.
22. Preparándose para a pelea.
23. Ricky.
24. La pelea.
25. La crueldad.
26. La decisión.
27. Látigo.
28.
Tony.
29. Empieza el juego.
30. Plan B.
31. Adiós, mis niños.
32. Operación Nikita.
33. El principio del fin.
34. Sueño-pesalla.
35. Ursus.
36. Coma.
37. Libertad.

PRIMERA PARTE:

CAPÍTULO I

Día de la ceremonia

Mi hermano mató al diablo, pero lo que no sabía es que al matar al diablo se convertiría en él.

Hoy, por fin, después de seis años de retraso, termino el instituto, y solo me quedan tres meses de verano para empezar mi nueva vida lejos de tanta crueldad.

Estoy nerviosa porque no sé qué ponerme, al mirarme en el espejo siempre veo reflejada a la misma niña miedosa, escuálida, con los ojos llorosos y el pelo enmarañado. Aunque mi cuñada me dice que con esta cara y este cuerpo podría tener comiendo de la mano a cualquiera, yo no me siento así.

Mi único objetivo es que él no se fije en mí, quiero ser como un camaleón y mimetizarme con las paredes, pero eso es imposible, yo soy su joya más valiosa. Estoy por delante incluso de sus hijos, a veces pienso que es porque soy la única que conocí su alma.

Respira, Eva, no pienses en ello, ¡HOY NO! Me separo del espejo y, sin pensarlo mucho, cojo el vestido negro de cóctel que me ha regalado mi cuñada para la ocasión. Por

primera vez en su vida, no se ha pasado con el escote ni con el corto, raro en ella, la medida nunca ha estado entre sus mayores virtudes, creo que es la mujer con más excesos que he conocido en mi vida, pero, bueno, por una vez la voy a complacer. Lo que no me pongo son esos zapatos *peep toes* azul eléctrico de más de quince centímetros, no quiero tropezar y que mis tetas choquen con la calva del director al recoger mi diploma. Me decido por unas bailarinas rosa palo con el borde negro que terminan en un lazo.

¡Mierda, la hora!, ¿pero por qué siempre me pasa lo mismo? No entiendo cómo puedo dispersarme tanto en cada cosa que hago, a veces pienso que funciono a cámara lenta.

Vuelvo al espejo y en dos movimientos acabo con una coleta, como de costumbre. Sin hacer ruido, bajo la escalera, no los quiero despertar.

Me han dicho que estarán en la ceremonia sobre las doce, aunque no sé si serán capaces de madrugar, para mi cuñada y mi hermano las doce equivalen a las seis de la mañana.

Los que sí están despiertos y esperando como agua de mayo son los renacuajos de mis sobrinos.

—¡¡Tita Eva!! —me grita Jorge lanzándose a mis brazos. Linda es más reservada, siempre espera a que yo me acerque. Ellos son el único ápice de inocencia en esa casa.

—Hoy es tu día —me dice la abuela María. Esa mujer es una santa, no sé cómo de un ser tan bueno ha podido nacer una lagartona como su hija Lola.

—Bueno, con seis años de retraso —le contesto.

—Lo importante no son los principios, sino los finales. Fíjate en mi hija Lola, con lo descentrada que era de joven y ahora es toda una señora de su casa. Aunque Roberto y ella tendrían que dejar ese negocio suyo de la discoteca, centrarse en la cadena de peluquerías o montar un restaurante como el que tiene mi sobrino Pepe en Francia, seguro que este año le dan la estrella Michelin. —¡Madre mía! ¡Cómo puede estar tan ciega esta mujer! Su yerno es el mismísimo Satanás y su hija es la puta yonqui de este, y su respetado sobrino es el antagónico de san Pedro en el cielo. Pero no seré yo quien le quite la venda de los ojos.

—Tienes toda la razón, María —le contesto y, para evitar una conversación de besugos que no lleva a nada, me meto rápidamente un trozo de bollo en la boca y me pongo a jugar con mis hermosos sobrinos. Tienen seis años, bueno, Linda es cinco minutos mayor, es un milagro que estén vivos, la loca de su madre no dejó la coca durante todo el embarazo y los niños nacieron prematuros, entre los dos no llegaban ni a los tres kilos.

Los Fernández de León debemos de tener un gen de supervivencia, eso o es que ni el cielo ni el infierno nos quieren. ¡Mierda, la hora!

—¡Chicos, me tengo que ir ya!, el Tenazas y Lázaro deben de estar esperándome, nos vemos en el Blanca de Castilla a las doce.

—¡Allí estaremos, tita! —me gritan a la par.

Salgo de la cocina sin mirar atrás, nunca lo hago. Al bajar por el ascensor, me choco con el portero, que está limpiando el recibidor, somos sus vecinos más recientes y está emocionado con mi hermano y sus propinas, antes de que

el hombre dé los buenos días mi hermano ya le está entregando sus cinco euritos.

Nunca solemos quedarnos más de dos años en una casa, esta vez mi hermano ha alquilado un dúplex en un edificio señorial de la calle Alfonso XII, en la zona de los Jerónimos. Lo que más me gusta de esta casa es que está en frente del Retiro y cerca de mi lugar favorito.

—Buenos días, señorita, el chofer y su guardaespaldas le están esperando fuera. —Sin querer me sale una sonrisa al oír con qué solemnidad ha dicho lo del chofer y el guardaespaldas. Si supiera quiénes son en realidad, ya tendría empapados los pantalones.

—Muchas gracias, que tenga un buen día —le contesto. Sé que está esperando que meta la mano en el bolso, pero, sintiéndolo mucho, yo no soy el diablo.

Entro en el coche antes de que Lázaro pueda salir y abrirme la puerta, sé que eso lo saca de quicio, pero yo disfruto sacándolo de quicio.

—¡Joder, Eva! Sabes que tengo que salir y abrirte la puerta. Tu hermano siempre me lo está recordando —lo dice con cara de perro apaleado, como si quisiera darme pena por el amo tan cruel que tiene.

—Si tanto te preocupa el puñetero tema, por qué no levantas tu culo de maricón del asiento y esperas fuera para abrir la puerta. —Cuando el Tenazas habla, sentencia, la verdad es que la única persona que puede llamar maricón a Lázaro es el Tenazas. Estos dos matones llevan juntos desde que el Tenazas lo sacó de la calle y lo acogió como discípulo. No sé si no hubiera sido mejor que siguiera prostituyéndose en vez de convertirse en Lázaro, el chupasangre.

Desde que cumplí los doce, estos dos siempre han estado conmigo. Si no fuese por sus circunstancias, posiblemente serían buena gente y unos tíos increíbles.

—Buenos días, Eva. Hoy me he levantado con una sensación de calor que asciende desde el tórax al cuello y a la cara, estoy todo enrojecido y sudo mucho. Por la noche esta sensación es peor, tengo insomnio, cefalea, sudoración, vértigos. ¿Qué me pasa, futura doctora? —me comenta el Tenazas con una media sonrisa que lo hace aún más feo, es idéntico a Danny Trejo, el de la película *Machete*.

—Yo creo que estás menopáusico —le contesto riéndome a carcajadas.

En todos estos años en los que hemos jugado a adivinar enfermedades, jamás me habría imaginado que se atreviese a nombrar alguna enfermedad de mujeres. Me acuerdo de un día en que me bajó el período en el coche y lo hice ir al supermercado a comprar compresas, me trajo toda clase de pañales para bebés, para adultos, toallitas de bebé, de todo menos una simple compresa. Al final tuvo que ir Lázaro. Las cosas de mujeres le dan repelús.

—¡ACERTASTE! Voy a echar de menos nuestras consultas médicas —me dice con lo que parece ser un ápice de nostalgia en sus ojos por los tiempos que vienen.

El Tenazas fue el que me regaló el gran diccionario de las dolencias y enfermedades cuando supo que quería ser médico, la verdad es que compró dos unidades, una para mí y otra para él, y desde entonces hemos jugado a las consultas médicas en nuestros viajes al cole, al dentista y a hacer alguna que otra compra.

—Pues la verdad es que yo no las voy a echar de menos, desde que estáis con estas mierdas de dolencias, creo que padezco todas, mi médico ha pedido traslado y es por mi culpa —nos comenta Lázaro todo serio, el pobre se ha vuelto hipocondríaco.

Cuando vaya a la Universidad de Navarra los voy a echar de menos y creo que ellos también a mí, el único momento en el que recuperan su humanidad es cuando están en el coche conmigo y cuando, después de un día de crueldad, se acuestan abrazados en su apartamento de la vieja Chueca. Es su secreto a voces.

CAPÍTULO II

Sor Josefina.

Se me hace extraño pensar que mañana no volveré a sentarme en la última fila de esta clase, nunca pensé que podría graduarme, yo no tuve una infancia tradicional.

Aprendí a leer a los siete años gracias a mi sor Josefina, lo más parecido a una madre que he tenido.

Me acuerdo de la primera vez que me vio. Era un día lluvioso en Las Barranquillas y yo estaba descalza chapoteando en un charco. Mi hermano estaba haciendo negocios en la casa del gitano, por aquel entonces ya había descubierto que el futuro estaba en el narcotráfico.

Cuando aquella monjita pequeña y rechonchona, que con su hábito negro parecía la bola negra del billar, eso sí, una bola de billar maravillosa, tenía unos mofletes siempre sonrosados y unos ojos almendrados capaces de atravesarte el alma, me vio empapada de los pies a la cabeza me dijo:

—¡Pero, alma de Dios!, ¿qué haces descalza chapoteando?, ¿no sabes que te puedes resfriar? ¡Anda, sal de ahí ahora mismo y ven conmigo!

Ese «ven conmigo» me sonó a música celestial, como si quisiera decirme «yo te cuidaré y te protegeré de todo lo malo, por las noches te abrazaré para que no tengas pesadillas y por el día caminaremos juntas agarraditas de la mano, no temas, mi niña».

Y la verdad es que así fue hasta el día de su muerte. Y, como todo en mi vida, su muerte no fue cosa del destino, sino del diablo.

Como mi hermano estaba empezando su negocio y yo lo estorbaba, me dejó ir con sor Josefina.

Ella era maestra de religión en el Blanca de Castilla y no vivía en un convento, sino en un piso, en Luis Mitjans. No era una monja tradicional, pertenecía a un instituto secular, estos son los que quieren cambiar el mundo desde dentro mismo del mundo, es decir, desde la profesión, la política, la enseñanza...

Si hubiese querido, podría haberse quitado el hábito, pero ella me decía que le daba autoridad y respeto. Más adelante descubrí que el hábito también podía servir para esconder droga, pero, bueno, eso es otra historia.

La primera vez que entré en su casa pensé que estaba en un palacio, acostumbrada a vivir en un rincón de una habitación de doce metros cuadrados, esos 40 metros eran como 400 para mí, su estrecho pasillo de baldosas pequeñas de madera me pareció el camino dorado que recorrió Dorothy Gale en *El mago de Oz*.

La casa tenía dos habitaciones, una pequeña cocina y una sala que hacía las veces de confesionario para aquellas mujeres desesperadas y hartas de sus maridos e hijos. Servía también de hospital infantil cuando las vecinas no te-

nían con quién dejar a sus hijos enfermos y las pobres no podían pedir más días de asuntos propios; lo bueno del hospital infantil es que, gracias a esos niños, yo me inmunicé contra la varicela, el sarampión, las paperas y demás.

Mi sor Josefina preparó una de las dos habitaciones para mí, pero, al ver que siempre amanecía hecha un ovillo en una esquinita, decidió que durmiese en su cama acurrucada contra ella.

Antes de que mi hermano matase al diablo, yo siempre había dormido con él, pero después no sé por qué dejé de hacerlo.

Las primeras semanas no se lo hice pasar bien porque yo era como uno de esos perros que se han pasado toda su vida atados a una correa, con miedo y desconfianza hacia todo, y a la mínima enseñan sus dientes temblorosos, que en vez de asustar dan risa. Pero mi sor Josefina, con mucha dosis de paciencia y sin mentirme nunca, se ganó mi corazón.

Me acuerdo de un día que tuvieron que ponerme una vacuna, yo no quería darle mi brazo a la enfermera y esta me decía:

—No tengas miedo que no duele.

En ese momento sor Josefina se puso en medio de las dos, miró a los ojos a la enfermera y le dijo toda enfadada:

—No mientas a mi niña. —Y después se giró hacia mí, me agarró de las manos y me dijo—: Evina, sí te va a doler, pero el dolor te durará tan poco que antes de que salgamos por la puerta te dejará de doler y, como mucho, hasta llegar al metro notarás una ligerísima molestia. —Y así fue.